

La ciudad de México: retorno al futuro

Entrevista con el antropólogo Néstor García Canclini

Estrella Olvera

INNUMERABLES PARADOJAS, contradicciones, espejismos, así como augurios retroactivos, marcan el fin de siglo de nuestra ciudad. Megalópolis que se desurbaniza, desconecta y declina a pesar de que concentra, a diferencia del resto del país, la mayor densidad poblacional, un equipamiento urbano sofisticado, los servicios más modernos, la oferta cultural más vasta y variada, entre muchos otros beneficios y efectos de la globalización percibida en su plenitud, aunque a cierta escala, porque esto sí es atributo de una minoría.

Más que una caja de Pandora, la ciudad de México –para ser precisos el resultado de las transformaciones experimentadas en los últimos 50 años– parece tener su símil en la imagen mitológica de la serpiente que se engulle a sí misma. Y quizás algunos de los resultados más sintomáticos se encuentren en el decrecimiento demográfico del Centro Histórico, el abandono de los espacios públicos por sus habitantes y la preeminencia de los medios masivos de comunicación como factores de sociabilidad.

¿Acaso seremos testigos de similares procesos ocurridos en antiguas civilizaciones a cuyo conjuro sobrevino la



JUAN MANUEL DE LA ROSA

decadencia? Ocurrió entre los romanos y los mayas también. ¿Involucionamos? Es decir, en el camino al futuro, ¿hay más retrocesos que avances, resumidos, precisamente, en el fenómeno de la desurbanización?

La desurbanización y sus efectos, inéditos o desconocidos para muchos de nosotros, constituye una de las conclusiones y una propuesta de análisis para el equipo multidisciplinario de 15 especialistas en diversas áreas de las ciencias sociales cuyos estudios han sido concretados en la publicación, en dos tomos, de *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, coeditada por la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa y Grijalbo.

La investigación, coordinada por el antropólogo y profesor universitario Néstor García Canclini, compendia diez

años de trabajos realizados dentro del Programa de Estudios sobre Cultura Urbana. Este trabajo, propone García Canclini, “no busca ser sólo un libro académico, sino una forma de dialogar con los actores más diversos de la ciudad”. Busca, en todo eso, “asumir la

crisis de lo urbano y reinventar la vida pública”.

Le tomamos la palabra a Néstor García Canclini y, a continuación, presentamos el resultado de la entrevista que sostuvimos sobre algunos de los temas fundamentales en torno a lo que significa vivir, a fin de siglo, en esta megalópolis. Reflexiones, en su mayor parte, recogidas en *Cultura y comunicación en la ciudad de México*.

¿Qué procesos han contribuido a la declinación de la ciudad de México como núcleo de la llamada área metropolitana?

Son varios los procesos que han debilitado a la ciudad de México o que han llevado a la vida capitalina a una cierta declinación. Algunos son de carácter demográfico. Se sabe que hay una pérdida de población en el Distrito Fede-

ral, y, sobre todo, en el Centro Histórico. Éste no es un fenómeno exclusivo de nosotros, sino de muchas megalópolis en las que crece más la periferia que la ciudad central. Es decir, la ciudad hasta los años sesenta, aproximadamente, era el núcleo fundamental de todo lo que ocurría en el área metropolitana; comenzaban a conurbarse municipios del Estado de México, pero el Centro Histórico seguía siendo la parte vertebral de la ciudad y no se advertía la pérdida de población que sufrió en los últimos años, al reducirse el uso residencial para darle un uso más comercial. Y por otra parte, como suele ocurrir en las megalópolis, se vuelve una ciudad policéntrica; las distancias hacen difícil que todos vivamos como central la ciudad histórica y se van construyendo otros centros: comerciales, industriales, residenciales, culturales, y la población se acostumbra a *nuclearse* de un modo descentrado.

¿Cuáles son las repercusiones?

Los efectos son distintos según la zona o la dimensión de la vida urbana en la que nos coloquemos. Por una parte, se advierte una desigualdad en la distribución de los equipamientos, esto es especialmente notorio en los culturales. Hay zonas mejor equipadas, tanto desde el punto de vista comercial e industrial, como en lo referente a los medios de transporte y los servicios de salud. Nosotros estudiamos especialmente la desigualdad en la distribución del equipamiento cultural. Hay una concentración de las instituciones dedicadas a la cultura: teatros, cines, librerías, centros educativos, museos, salones de baile, que están en un eje horizontal que va del Centro Histórico a Chapultepec y se ha extendido en las dos últimas décadas hacia el sur, en torno a Ciudad Universitaria. En cambio,

hay otras zonas desequipadas, en general toda la periferia, particularmente el norte y la zona de Iztapalapa. Esto contrasta con la redistribución de la oferta comunicacional: los equipamientos instalados, es decir, los lugares hacia los cuales hay que trasladarse para acceder a un bien cultural, quedaron muy centralizados; el proceso no estuvo acompañado por la misma diseminación de la mancha urbana. Otros medios, sobre todo los de comunicación masiva, se han distribuido de un modo más equitativo, en especial aquellos que llegan al hogar, como la televisión, la radio y últimamente los complejos de multisalas, videocentros o videoclubes.

¿Estos procesos nada tienen que ver con una visión apocalíptica sobre la ciudad?

No. Los rasgos apocalípticos, o como diría Monsiváis, posapocalípticos de la ciudad de México —porque él dice que lo peor ya pasó—, tienen que ver más con la inminencia de catástrofes ecológicas y naturales. La ciudad ha sufrido catástrofes como los sismos del 85, como los momentos más dramáticos de la contaminación del aire y de la congestión de la vida urbana. Efectivamente, hablamos de una ciudad que se ha vuelto difícil de usar en muchos sentidos, que desalienta el uso de los espacios públicos; en la que viajamos casi siempre por obligación, no por placer. Lo que hay de apocalíptico está ligado al exceso demográfico, a la complejidad y desazón que genera lo inhóspito de la ciudad, pero no tanto a sus aspectos culturales que, por el contrario, me parece se han enriquecido en los últimos años.

Entonces, a corto plazo, ¿la ciudad no se subordinará a la periferia?

En un sentido estrictamente demográfico ya fue rebasada por la periferia, donde hoy viven más de nueve millo-

nes de personas contra poco más de ocho millones en el D. F. La extensión y diseminación de la mancha urbana sobre un territorio de 1 500 km² genera desconexión. Insisto, el sentido apocalíptico y catastrófico se refiere a la falta de regulación, de planificación, al crecimiento irregular, desordenado y caótico que se ha permitido en la ciudad.

En concreto, ¿qué implica la desurbanización?

En el desarrollo de las ciudades se ha pensado que la forma más alta de vida moderna es la vida urbana. No siempre es así. Esto se vincula, particularmente, con la concentración de servicios, de ofertas educativas y culturales, de manera que, para muchos migrantes, llegar a la principal concentración urbana del país significó llegar a la forma más alta de vida, o al menos, vincularse con las expectativas más alentadoras en cuanto al progreso, a la calidad de vida. Sin embargo, vemos que esta gran concentración, sin la adecuada regulación, ha generado también signos de contramodernidad. Hay zonas de la ciudad con los recursos más elevados de la modernización, plenamente globalizada, como Santa Fe, entre otras áreas del poniente, así como del centro, en torno al Paseo de la Reforma, y tenemos otras zonas donde encontramos los signos de la disgregación urbana, del caos, del descontrol, como ocurre en amplias porciones de Nezahualcóyotl, Iztapalapa y del norte de la ciudad, en las que más de tres millones de personas defecan al aire libre. En el conjunto de la ciudad de México hay muchísimos servicios educativos, de salud o culturales —en comparación con el resto del país—, pero a una gran parte de la población le resultan inaccesibles; las desigualdades son exasperantes —más que en otras partes del territorio— y hay

una enorme distancia entre quienes están en la franja más alta de ingresos y millones que están en la marginación. Todo esto genera formas de vida muy lejanas de lo que la vida urbana ha presentado como objetivo del desarrollo social. En este sentido hablamos de

cada día podía abarcar el conjunto de lo que sucedía en la ciudad, ya sea recorriendo sus principales arterias o escuchando los relatos de aquello que había acontecido a otros; esa imagen se ha vuelto impracticable, aun para un cronista tan acucioso y entrometido

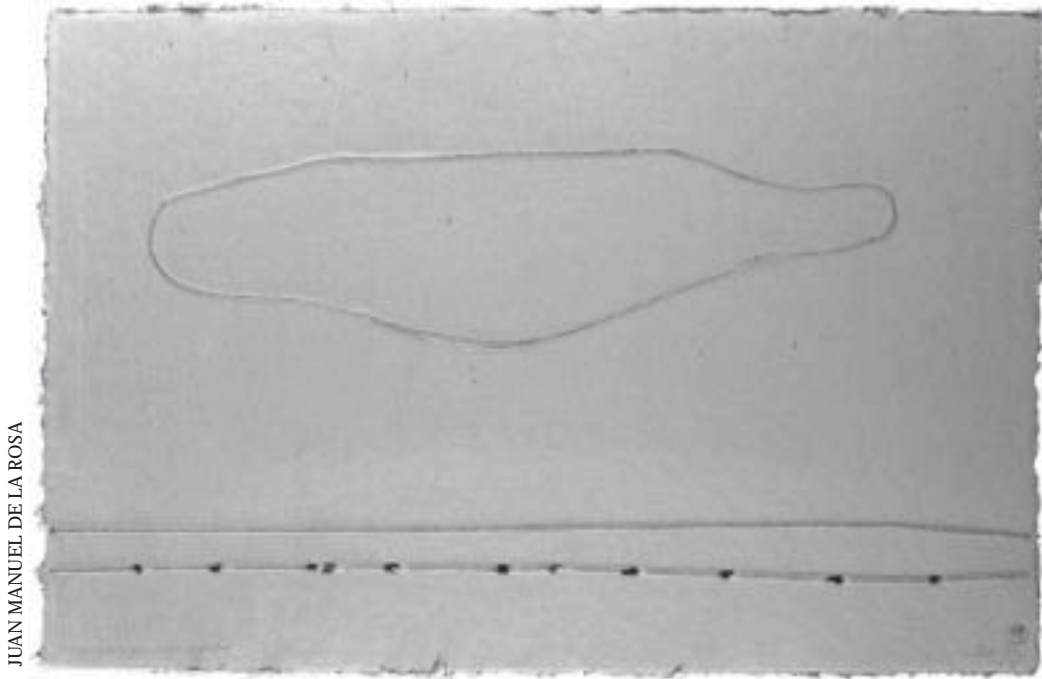
¿En qué momento abandonamos los espacios públicos?

Depende de los sitios a los que nos referimos. Hay algunos que sí fueron abandonados, como ciertos lugares recreativos, en especial viejas salas de cine, incluso algunas demolidas, convertidas en estacionamientos o templos. Otros lugares no han sido abandonados sino arrasados, ocupados, por ejemplo, los bosques que rodeaban la ciudad. En fin, ésta ha sido destruida o transformada de muchas maneras. En algunos casos ha habido una recuperación. A principios de esta década hicimos varios estudios sobre el público de cine y veíamos la declinación de la asistencia a las salas, el cierre de muchas que habían sido emblemáticas en la vida de la ciudad y su sustitución por el cine a domicilio a través de la televisión y el video. Pero en

los últimos tres años presenciamos un fenómeno de reversión ejemplificado por las multisalas cinematográficas. Se han construido casi 300 de ellas en este tiempo, las cuales ofrecen un conjunto modular de diez o doce películas, un espacio seguro, atractivo, con mejor calidad de proyección y, en muchos casos, vinculado con un centro comercial que acompaña la oferta de películas con otro tipo de consumo cultural y no cultural. Así se está dando una revitalización de la asistencia al cine.

Y la convivencia, ¿cómo es?

Hay una tendencia al repliegue en la vida doméstica, como en muchas otras megalópolis, debido a la inseguridad urbana, al encarecimiento de los espectáculos y a esta desigual distribución de servicios en el conjunto de la metrópo-



JUAN MANUEL DE LA ROSA

desurbanización. También se habla de ésta no sólo con respecto a la ciudad de México sino de otras megalópolis, cuando se hace referencia a la pérdida de conexión entre las zonas que la integran y la pérdida de una percepción de conjunto sobre qué es la ciudad. La expansión tan extensa y acelerada de la mancha urbana, la diseminación de la población, ha llevado a que se vuelva imposible para cualquier ciudadano, y quizá para las autoridades del Distrito Federal desde hace varios sexenios, tener una percepción del conjunto de la ciudad. Esto se siente cuando confrontamos, como hacemos en nuestro estudio, la imagen clásica de tipo benjaminiano del *flâneur*, que paseaba por la ciudad a fines del siglo pasado y principios de éste y describía la vida cotidiana en crónicas periodísticas o en relatos literarios con la sensación de que

como Carlos Monsiváis. Gran parte de la información que Monsiváis transmite de lo que ocurre en la ciudad la obtiene por los medios de comunicación, y de hecho, como él mismo ha señalado, la megalópolis requiere de un colectivo de cronistas. Es muy difícil que uno solo pueda hablar de todas sus dimensiones. A diferencia de la imagen clásica del *flâneur*, hoy intenta restablecer esa visión de conjunto el helicóptero que recorre la ciudad todas las mañanas con policías y periodistas y transmite imágenes de lugares muy diversos. De esta manera, esa visión panóptica, en la que se conjuga curiosamente la perspectiva disciplinaria policial y la informativa, simula estar mirando la ciudad como Dios y puede reconstruir, recomponer para la población, para los televidentes, esa ciudad diseminada, pero como un simulacro.

li. Sin embargo, todavía vemos grandes concentraciones: en los estadios de fútbol; en el Zócalo para manifestaciones políticas; actos religiosos, desde La Villa hasta Iztapalapa, en algunas fechas; en un gran número de fiestas locales y de barrio; en los salones de baile, aunque algunos de ellos han sido cerrados, así como en el crecimiento de formas autogestivas de bailes en los barrios, cerrando calles. Todo esto es bastante precario, a veces no es la forma más satisfactoria de resolver la necesidad de recreación o entretenimiento, pero sin duda habla de una vitalidad renovada en medio de las dificultades y de las amenazas, de la inseguridad acentuada en la segunda mitad de la década de los años noventa. En realidad, la declinación de los espacios públicos en la ciudad de México es un fenómeno que comenzó mucho antes; cuando la ciudad no se sentía tan amenazante ya habían cerrado cines, teatros y otros lugares de entretenimiento, así como muchas librerías, y esto tiene que ver con una recomposición de la vida urbana, con el deterioro de la capacidad adquisitiva de los salarios y el encarecimiento de una gran parte de la oferta cultural.

En este contexto, ¿qué papel juegan los medios masivos de comunicación?

Tienen varias funciones compensatorias: proporcionan información y entretenimiento en condiciones de mayor seguridad dentro de casa, dan una recreación “gratuita” o muy “barata” en una época en la que salir una vez con la

familia al cine cuesta más que pagar un mes de suscripción a Cablevisión. No estoy hablando de una familia numerosa: si van los padres y dos hijos, y si tienen que pagar 30 o 35 pesos por cada boleto, más las palomitas y algo de transporte, ya superan los 200 pesos en una salida de viernes o sábado. Ni hablar si pensamos en los recitales de los principales conjuntos del país o extranjeros, que están más caros que en Nueva York.

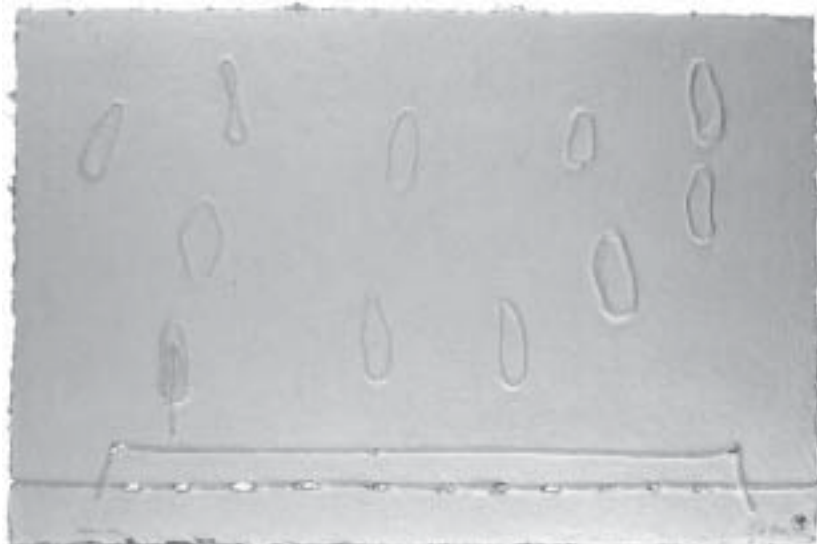
¿Esto lo asumimos con resignación?

Bueno, no conozco movimientos organizados de protesta contra esto. He escuchado muchas quejas individuales, pero lamentablemente nos falta la organización de los televidentes, de los consumidores, que defienda el interés público, colectivo, frente a los intereses lucrativos y especulativos de grupos económicos poderosos. Por supuesto todo esto tiene que ver con el reordenamiento de la oferta cultural en la ciudad y en el país. Vemos un declive de la oferta pública, o en el mejor de los casos, ésta se ha mantenido relacionada con las artes tradicionales, clásicas, la literatura, el teatro, las revistas culturales, pero está ausente –salvo experien-

cias como las de Radio Educación y Radio Universidad, los canales 11 y 22– de los entretenimientos mayoritarios de la población que son los de las industrias culturales. También está ausente este interés público en otros entretenimientos urbanos, como 27 megacentros comerciales que existen, y que son lugares de reunión, de cita y de entretenimiento semanal, totalmente librados a la especulación comercial. No hay reglas claras que pongan límites, no hay una defensa de la variedad de ofertas que debiera esperarse en estos ámbitos.

¿Hasta qué punto la sociabilización ocurre a través de los medios? ¿Podemos hablar de una sociabilidad virtual?

Virtual sí, pero con efectos bastante reales, porque una noticia transmitida por televisión, una opinión dada sobre la vida pública, sobre las causas por las cuales hay un desastre, tiene efectos fuertes sobre la población, como también lo tienen, por omisión, aquellas informaciones que son ocultadas, que son censuradas en la televisión y sólo llegan a un sector muy pequeño a través de la prensa. Los medios son un factor de sociabilización, independientemente de que nos guste o no la



JUAN MANUEL DE LA ROSA

orientación con la que lo hacen. Son el único medio importante de sociabilidad para las mayorías. Fuera de la radio y la televisión no hay medios que tengan la capacidad de comunicarse con 90, 95% de la población. La prensa es leída por menos de un millón de personas en la ciudad y las otras formas tradicionales de comunicación, como los partidos políticos, los sindicatos, los movimientos sociales, tienen un alcance muy estrecho. Cualquiera de estos actores tradicionales que quiera vincularse con la mayoría, forzosamente tiene que pasar a través de los medios masivos.

¿Cómo influye esta omnipresencia de los medios en la manera en que los habitantes de la ciudad perciben el significado de vivir bien en la megalópolis?

Hay que aclarar que omnipresencia no es omnipotencia. Lo que los medios dicen es filtrado por muchos espacios de manera distinta. Por muy poderosos que sean, su acción es reprocesada, reelaborada en la comunicación que tenemos con los compañeros de trabajo, de estudio, con los vecinos, la familia y los amigos. Pertenece no sólo a los medios sino a redes de audiencia y de convivencia muy diversas y, afortunadamente, una de las ventajas de la gran ciudad se encuentra en la heterogeneidad de la vida comunitaria. En contraste con ciudades de cinco o 10 mil habitantes, donde todos saben todo de los otros, donde hay muy pocas posibilidades de disidencia, en una megalópolis la multiculturalidad es proliferante.

Con frecuencia se habla de la multiculturalidad como multietnicidad, y esto también está presente en la ciudad de México donde hay cerca de medio millón de indígenas de casi todas las etnias mexicanas, y también hay extranjeros con otras formas culturales que están presentes, desde la oferta gastronómica hasta la variedad de idiomas. Pero la multietnicidad no es la única forma de multiculturalidad: está también en la diversidad de ofertas y las formas de consumo cultural, en los gustos diferentes según la edad y generación a la que se pertenezca. Vivir bien es algo que tiene significados muy diversos para distintos sectores.

Hay un ejemplo significativo que damos en el libro, acerca de las diversas maneras de sentirse bien –vivir bien– en la ciudad: para quienes vienen de los estados, la capital ofrece la oportunidad de vivir mejor. Es como el escenario donde se espera el progreso, otra calidad de vida; sin embargo, eso puede ser contrastado con quienes se van de la ciudad de México a vivir a Estados Unidos: 25% de los migrantes mexicanos hacia ese país salen de nuestra ciudad, lo cual quiere decir que, para un sector amplio de la población, esta megalópolis es un sitio donde puede ser difícil conseguir trabajo, o el que se consigue no resulta satisfactorio, y esperan que en otros lugares sea posible vivir con más calidad.

En conclusión, para quienes aquí nos tocó vivir, la percepción del desorden, del descontrol, del catastrofismo, e in-

cluso de los pronósticos apocalípticos, pocas veces se sustenta en “explicaciones estructurales o de conjunto”.

Movidos por los retos cotidianos de la vida en la megalópolis, perdemos de vista aquellos procesos que han contribuido al deterioro de nuestro espacio y a las distorsiones de la convivencia. Dice García Canclini que cuando se nos pregunta acerca de aquello que no nos gusta de la ciudad o que obstruye la asimilación de experiencias más confortables, aludimos a estereotipos o buscamos estigmatizar a algún sector de la población: se afirma que los migrantes que vienen a la capital no saben cómo se vive en una ciudad, los sectores populares no saben respetar, los policías cobran mordidas...

El análisis integral –totalizador– que proponen 15 especialistas en diversas áreas de las ciencias sociales, plasmado en *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, conforma una herramienta imprescindible para propiciar el conocimiento sobre las urgentes transformaciones que permitirán, individual y colectivamente, asegurar o reinventar nuestra permanencia en la ciudad de México. De otra forma, qué duda cabe, la imagen de la serpiente devorándose a sí misma será la sombra ominosa que alcance nuestros destinos. •

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI, sociólogo argentino, reside en nuestro país desde hace más de veinte años. Ha coordinado libros sobre cultura popular, culturas híbridas y sociología urbana.

Publicado en febrero de 1999.